V. - Filosofía del hombre
ADAM SCHAFF,
Filosofía del hombre Marx o Sartre?

CAPITULO V

LA FILOSOFIA DEL HOMBRE

En el ámbito de la reflexión filosófica la consideración de los problemas humanos tiene una trayectoria arraigada en toda la historia de la filosofía. Las preguntas sobre el sentido de la vida, la felicidad, la libertad del hombre han ocupado y ocupan un lugar importante dentro de los diversos sistemas filosóficos que a través de la historia se han sucedido, teniendo además la característica de ser apasionantes, en virtud de que son problemas muy concretos que a todo mundo afectan y a todos atañen.

Hemos seleccionado en este tema, los puntos de vista de Adam Schaff quien en su obra **Filosofía del hombre,** Marx o Sartre expone los criterios más fundadamente científicos que al respecto existen en la literatura en lengua española. Al plantearse tales problemas de filosofía del hombre, Schaff toma en cuenta los puntos de vista de las corrientes filosóficas que en nuestro siglo son las más importantes, el neo-positivismo y el existencialismo, los que analiza desde su perspectiva materialista, la que completa la traída de las filosofías con el carácter que hemos mencionado.

Para Schaff los problemas sobre la felicidad, la libertad, el sentido de la vida, etc., son problemas reales que están estrechamente ligados a la praxis humana. No son de ninguna manera pseudo problemas, como lo quieren los neo-positivistas, ni tampoco pueden ser resueltos a partir de soluciones que se asientan en la irracionalidad, como es el caso de los existencialistas, sino partiendo de considerar al hombre concreto, al individuo como producto de sus relaciones sociales y también tomando en cuenta las conclusiones particulares, que las ciencias que se ocupan de alguna forma o de algún aspecto de la realidad humana, han establecido.

Nos llama también la atención, Schaff, acerca de la necesidad de no caer en el error de querer aplicar al estudio de los problemas humanos el método de las ciencias físicas, independientemente de que la práctica haya comprobado lo verdadero y lo válido de sus teorías, el método de las ciencias sociales y humanas será distinto a las ciencias naturales pero no por ello dejará de ser científico.

Es importante darse cuenta también de que una concepción científica de los los problemas del hombre, solamente puede ser tal si está fundado en concepciones científicas del mundo y de la sociedad.

Capítulo V

LA FILOSOFIA DEL HOMBRE

EL DESTINO DEL HOMBRE COMO TEMA DE LA FILOSOFIA

¿Qué es el sentido de la vida? ¿Es el hombre libre en sus decisiones porque escoge entre varias formas de conducta posibles? ¿Qué significa: el hombre es libre en sus decisiones? ¿En qué se basa la responsabilidad del individuo por sus decisiones, especialmente en situaciones conflctivas? ¿Cómo debe conducirse en aquellas situaciones en que cada decisión produce resultados que valoramos positivamente desde un punto de vista y negativamente desde otro al mismo tiempo? ¿En qué se basa esta valoración de las acciones? ¿Está fundada esa valoración? Si es así, ¿cómo debemos vivir para que nuestras acciones sean valoradas positivamente? ¿Cuál es, por consecuencia la situación del individuo respecto de la sociedad y del mundo circundante?

Estas son algunas preguntas de una larga lista, que para algunos significan una mezcla de pseudoproblemas y sin sentidos sin ninguna razón de ser filosófica, pero que para otros no sólo constituyen la esencia, sino incluso el único sentido del filosofar. No es necesario que busquemos en la historia los representantes de estos dos puntos de vista extremos, Aparcen actualmente: en un polo los neopositivistas, y en el otro los existencialistas.

Así resulta otra división dicotómica de las tendencias filosóficas, esta vez respecto del tema de la filosofía —una división que permite, por lo menos a una parte de los filósofos, abrigar la convicción, poco gloriosa para su propio ámbito de que la historia de la filosofía es la historia de la necedad. Aquí no consideramos la posición desde la cual se cae en tales juicios, pues ésta se reconoce a sí misma como la única correcta. Puesto que todas sus convicciones, poco halagüeñas para otras tendencias, se basan en el principio de la reciprocidad, se llega a la conclusión, no demasiado constructiva de que aquí todos tienen razón. Y esto es cierto en determinado sentido. Sería bueno que cada filósofo hiciera suya esta partícula de escepticismo, si bien confieso que eso es tener demasiadas pretensiones.

La división que se dibuja entre las filosofías que responden a las anteriores preguntas, tiene sus raíces históricas. La división en una línea jónica y una socrática es una de las más interesantes de las muchas divisiones de la filosofía en base a las tendencias que nos son conocidas por su historia. Aquí las dos calificaciones tienen, naturalmente, un carácter esquemático si bien las tendencias o individuos en base a los cuales fueron escogidas representan, de hecho, las dos concepciones distintas de la filosofía que nos interesan en el contexto dado.

Los filósofos jonios tuvieron por vez primera la concepción si se tiene en cuenta el ciclo cultural europeo de que la búsqueda de las leyes que rigen el mundo era el objeto de la filosofía, Sócrates introdujo por el contrario —como manifestó Cicerón—, la filosofía en las moradas humanas, pues veía su objeto en consideraciones sobre el tema de cómo vivir adecuadamente. No fue el primero en hacer esta consideración, pero sostuvo esta concepción de forma extrema y su renombre histórico nos da derecho a denominar toda la tendencia según su persona.

Ambas líneas son fundamentales en el transcurso de toda historia de la filosofía, si bien raras veces aparecen en su forma pura, es decir, representan una negación total de la posición del contrario. El ejemplo del neopositivismo por una parte y el existencialismo (especialmente en su versión sartriana) por otra, pertenece más bien a las excepciones. Por eso, ilustra muy claramente en qué consiste la lucha entre ambas tendencias.

¿Están justificadas desde el punto de vista de la filosofía las preguntas que citábamos al comienzo?, es decir, ¿está justificada una concepción filosófica según la cual el destino del individuo humano, su conducta en distintas situaciones de la vida y la valoración de dicha forma de comportamiento constituyan el tema de la filosofía? Este es el aspecto de la polémica que nos interesa en el contexto dado.

En primer lugar, contemplemos un poco más de cerca las preguntas en sí, para comprender las intenciones contenidas en ellas.

Si meditamos sobre si unas preguntas dadas están justificadas, sobre si tienen sentido —en la acepción más amplia de esta palabra—, al mismo tiempo debemos decidir respecto de con qué sistema de referencias queremos resolver el problema.

Se puede considerar el derecho de la filosofía a formular tales preguntas y desde el punto de vista de su importancia para los hombres. En ese caso, se trata de averiguar si no nos encontramos aquí con un fantasma filosófico, con una especulación ajena a los intereses y necesidades humanas. En este sentido se habla del carácter especulativo y metafísico de sutilezas como: ¿Cuántos ángeles caben en la punta de una aguja? Sin embargo, no cabe ninguna duda de que preguntas sobre el sentido de la vida o la libertad de la decisión en el comportamiento humano, tinen un carácter totalmente distinto, aunque las respuestas a estas preguntas se hundan a menudo en la niebla de la especulación y la metafísica. Pero las preguntas en sí están fuertemente ancladas en la praxis humana, y para los hombres seguramente no existe problema más real que el de cómo llevar una vida adecuada en todos los aspectos. Por tanto, cuando adoptamos este sistema de referencia y los criterios con él ligados, entonces las preguntas que nos interesan resultan, sin duda alguna, justificadas desde el punto de vista de la filosofía.

Pero también se puede comprender la pregunta desde otro punto de vista, que interesa principalmente a aquellos que se declaran en contra de considerar el destino del hombre con tema de la filosofía. La pregunta puede proceder, efectivamente, de necesidades y preocupaciones humanas reales, puede estar anclada en la praxis humana, pero de forma tal que no pueda ser resuelta dentro de los límites de la disciplina del pensamiento científico. Estas preguntas —así dice el argumento— no están justificadas desde el punto de vista de una filosofía que tiene pretensiones al calificativo de "científica", pues están mal formuladas y, por tanto, no pueden ser resueltas. Las neopositivistas pensaban precisamente en esto cuando hablaban de pseudoproblemas y sin sentidos disfrazados bajo la forma de frases gramaticales, cuando incluían toda la problemática de la ética, en el sentido amplio de esta palabra, en la esfera de la poesía que actúa sobre los sentimientos, y la situaban fuera de los límites de las consideraciones científicas. Contemplemos más de cerca esta idea y los argumentos que se alegan apoyándose en ella.

Ante todo: ¿qué quiere decir que un punto de vista es "científico", en contraposición a otro que es "acientífico"?

Esta pregunta puede interpretarse de distinta forma y, según ello, aceptarse o rechazarse. Aquí se plantea la siguiente alternativa; o bien hacemos depender el reconocimiento del carácter de un sistema de pensamiento del reconcimiento de la verdad de su tesis. o bien del método aplicado en ese sistema para su fundamentación.

En el primer caso se esbozan dos posibilidades: las tesis del sistema que debe ser reconocido como científico tienen que contener una verdad absoluta o una verdad relativa, es decir, una verdad parcial, que corresponde al nivel del saber humano condicionado históricamente.

La exigencia de una verdad absoluta era característica de los sistemas metaíísicos de la filosofía especulativa. Eso está en una contradicción tal con el principio del empirismo de toda la ciencia que, actualmente, ningún sistema filosófico serio sostiene formalmente este punto de vista.

No obstante, si reducimos la exigencia a la demostración de la verdad relativa (en el sentido de la palabra citado más arriba) de la tesis de un sistema, entonces nos encontramos en una situación en la que se hace difícil negar esta verdad relativa a tesis particulares de distintos sistemas. Aquí la lucha puede girar más bien en torno a la medida en que se reconoce el mundo. A causa del carácter general de la filosofía, que no se somete a ningún criterio estricto de la decisión sobre "verdadero" o "no verdadero", es sobremanera difícil concluir esta lucha. Considerar cualquier tesis como incorrecta sobre este único fundamento, sería sub etivismo y sería sumamente peligroso desde el punto de vista científico. Al neopositivismo tampoco le interesaba esto.

La segunda posibilidad reduce el problema del carácter científico o no científico al método aplicado en las investigaciones y consideraciones. En el caso de la filosofía, aquí se trataba ante todo de la relación de las generalizaciones filosóficas con los resultados de las investigaciones de las ciencias particulares. A la luz de la historia del desarrollo de la ciencia, sólo puede valer como

científica aquella filosofía que construye sus tesis como generalización de las investigaciones de las ciencias particulares y que constituye, por su parte, el fundamento teórico y metodológico de estas ciencias. En una concepción como ésta, la filosofía conserva su carácter científico, incluso cuando sus tesis se diferencian de la tesis de otro sistema filosófico. El campo de batalla naturalmente es aquí muy difuso y, por tanto, no podemos esperar una univocidad de las decisiones. Pese a ello, se abren a partir de aquí perspectivas para la consideración del problema que nos interesa.

Al preguntarnos por el determinismo en el desarrollo del mundo material, o por el sentido de la vida humana, no sólo estamos preguntando por cosas distintas (esto es obvio), sino también por cosas definibles de distinta forma.

En el primer caso, la relación con las ciencias particulares (es decir con los resultados de la investigación de la física, la biología, etc.), decide sobre si las tesis filosóficas dadas pueden ser calificadas como científicas o no. Quien se permitiera actualmente la misma extravagancia que un representante de la filosofía alemana clásica, que creía seriamente que cuando la realidad no coincidía con su filosofía ello era mala señal para la realidad, quien actualmente argumentara así, seguro que no sería considerado como un genio. En estas cuestiones la filosofía es terminantemente una función del desarrollo de las ciencias particulares. La interpretación filosófica, naturalmente, puede variar, especialmente cuando, en la etapa de desarrollo dada de las ciencias particulares, los resultados obtenidos no son inequívocos, o cuando en el paso de los hechos comprobados a las generalizaciones filosóficas faltan determinados eslabones. Aquí la falta de estos eslabones es, por lo demás, muy característica, y Russell tiene razón cuando afirma que la filosofía acaba allí donde empieza la precisión y demostrabilidad totales.

¿Se ve así la cosa cuando preguntamos por el sentido de la vida, por la libre elección de la conducta, por la posición del individuo humano en la sociedad?

Sí y no. Sí, porque respecto de esto se dispone de datos demostrables de ciencias particulares concretas. No, porque las preguntas anteriores en sí son ambiguas y poco claras y porque, además, no se sabe bien a qué ciencia hay que recurrir aquí.

¿Se sigue de ello que podemos rechazar tales preguntas como pseudo-problemas, porque no corresponden al criterio de la cientificidad, que obliga tanto en el ámbito de las ciencias deductivas e incluso en el ámbito de determinados problemas filosóficos como en el ámbito de las ciencias empíricas particulares? No, en absoluto. Que los neopositivistas incluyeran toda la problemática de la ética en el pasivo bajo la rúbrica "pseudoproblemas' no prueba, en modo alguno, la futilidad de esta problemática, sino la limitación del neopositivismo que, como tendencia intelectual, se caracteriza porque reúne un máximo de apodíctica vanidad con un mínimo de logros reales y duraderos. Además, actualmente han sido pisoteadas las banderas de la lucha contra la metafísica, bajo las cuales esa tendencia también emprendió el combate contra la problemática ética; pues incluso los antiguos partidarios del neopositivismo lo acusan actualmente de metafísico, y precisamente de mala clase.

Sin embargo, dejemos los pecados del neopositivismo. Sus errores de pensamiento son evidentes. Se trata de problemas que son distintos, por ejemplo, de aquellos a los que se dedica la metodología de las ciencias naturales, pero de ello no se sigue que se trate de pseudoproblemas o preguntas injustificadas. Mientras los hombres sufran, mueran, pierdan a sus semejantes, estará justificada la pregunta por el sentido de la vida, bajo la cual hay que entender, en ese caso, la pregunta por el valor de la vida, la pregunta del por qué no se permite poner fin libremente a la vida. Mientras los hombres se enfrenten con situaciones cargadas de conflictos, en las que deben encontrar y practicar una decisión (y, a menudo, la buena acción de uno causa aflicción al otro, aun sin quererlo), preguntarán por cómo se debe vivir adecuadamente y cómo se puede decidir en estas situaciones de la vida. Mientras los hombres, al aspirar a sus fines, choquen en la sociedad, con las aspiraciones opuestas de otros hombres, preguntarán por el límite de la libertad de su elección y por la relación del individuo con la sociedad. Y así sucesivamente.

Estas son preguntas distintas de las que conciernen, por ejemplo, al problema del determinismo en el desarrollo del mundo. Como aquí los problemas especulativos se presentan en forma distinta, también deben ser comprendidos y resueltos en forma distinta. Pero —repetimos— de ello no se sigue que sean pseudoproblemas o preguntas injustificadas.

En otras palabras: en la filosofía pueden surgir diversas preguntas, a las que damos respuestas fundamentadas de modo distinto, con un grado distinto de validez universal y con distinta probabilidad de verdad, según sea el saber fáctico acumulado en este ámbito. Cuando la acumulación de ese saber alcanza un límite determinado, cuando las tesis pueden ser demostradas con ayuda del método de una ciencia particular determinada, entonces el problema, bien mirado, sale de los límites de la filosofía y se convierte en problema de una ciencia particular. De esta forma, problemas particulares y ramas enteras de las ciencias particulares se desprendieron y se desprenden del que fue tronco común de la filosofía. Si, entonces, el filósofo recoge tales problemas —y a veces se ve obligado a ello—, entonces entra en el ámbito de la ciencia particular dada y no ve en absoluto cómo podría concebir una solución con ayuda de la imaginación filosófica (no hablo aquí de casos del filosofar que linda con la mística). Por ejemplo, toda la filosofía natural tradicional, que era el dominio de las consideraciones apriorísticas, desapareció, si bien actualmente también existen filósofos que se dedican al ciclo de problemas de las ciencias naturales, especialmente en un aspecto metodológico.

Sin embargo, debe hacerse constar, sin perder de vista esa salvedad, que toda problemática puede convertirse en objeto de tal o cual rama de la filosofía en un grado de generalización correspondiente, Los intento de aquellos filósofos que, bajo la influencia del problemática tradicional de la ética y los problemas que la acompañan, son tan ridículos como los intentos de determinados filósofos existencialistas que prohiben a la filosofía que se interese por los problemas pertenecientes al ámbito de las ciencias naturales concretas (lo que llevaría, finalmente, a la eliminación de los problemas ontológicos y de la teoría del conocimiento). Es significativo que ambos bandos se refieran, en su cruzada, a la importancia de la lucha contra la metafísica y, por otra parte, generalmente se queden profundamente atascados en la propia metafísica. Por lo demás, en ambos casos la cruzada está condenada desde su principio al fracaso, pues una problemática real no se deja ahuyentar ni por las más enfáticos conjuros.

Este discurso demasiado largo sobre la justificación de la problemática humana en las investigaciones filosóficas se explica por

los extendidos prejuicios neopositivistas sobre esta cuestión existentes en Polonia también entre los marxistas.

Por lo que se refiere a los marxistas, entre nosotros actúan dos tipos de obstáculos: aquellos que vienen, desde fuera, del neopositivismo, y aquellos que se derivan de la oposición de los marxistas a una problemática que desde hace mucho tiempo constituye el monopolio de la tendencia idealista ideológicamente opuesta al marxismo.

Se ha escrito repetidas veces sobre el hecho de que el análisis filosófico de los problemas del individuo, junto con todo el complejo de preguntas con él relacionado, se halla absolutamente, tanto genéticamente, como desde el aspecto de los intereses objetivos, en la línea de la tradición marxista. El marxismo, visto históricamente, se inició con este problema y a partir de este problema debe orientarse renovadamente —si se entiende correctamente al marxismo, es decir, como cosa humana—. Por lo tanto, en el marco de la tradición marxista no se trata de la pregunta sobre si tenemos derecho a filosofar sobre el individuo, sino de por qué ese ciclo de problemas fue descuidado en el desarrollo del marxismo.

Aquí intervienen dos conjuntos de motivos por lo menos: primero, el problema del individuo fue relegado por las exigencias apremiantes de la lucha de clases, que absorbían todas las fuerzas. En segundo lugar, surgió el recelo y la indignación contra esta problemática, ya que fue crecientemente aprovechada por las tendencias políticas e ideológicas reaccionarias para combatir el marxismo y al movimiento revolucionario.

El primer conjunto de causas desapareció en la medida en que aumentaban las fuerzas del socialismo; el segundo —por el contrario —ganó fuerza en el transcurso del tiempo. Debemos dedicarle un par de observaciones.

La valoración política e ideológica de cualquier fenómeno no debe coincidir con las reacciones psicológicas espontáneas de simpatía o antipatía. Menos aún cuando nos hallamos en el ámbito del análisis científico y filosófico.

Un problema científico o filosófico no queda desacreditado porque su descubridora sea la tendencia enemiga nuestra, ni tampoco

porque su elaboración haya sido hasta ahora cosa del contrario. En el ámbito de la técnica ello está tan claro que resulta trivial comentarlo. La situación no es distinta en filosofía, pese a las apariencias, y, por ello, actuar aquí según otros principios es un irracionalismo pernicioso. Pues cuando surge cualquier problema importante en el marco del sistema idealista (lo que sucedió repetidas veces en la historia, sobre todo con preguntas relacionadas con el papel activo del intelecto en el proceso de conocimiento), la única conclusión final que resulta de ello es que el problema debe ser traspasado rápidamente al terreno del sistema materialista, para que su contenido pueda ser transformado allí.

El que, como materialista, rechaza un problema importante a causa de su procedencia idealista, refuerza al contrario y se debilita a sí mismo.

Esto se muestra más claramente aun cuando la tendencia contraria monopoliza —por tales o cuales motivos - la explotación teórica del problema. ¿Qué prueba esto, si no que se ha sido indolente y pasivo en el terreno dado? ¿Por qué se hacen, por tanto, reproches al problema y no a uno mismo?

Es cierto que la problemática del individuo y, especialmente, su libertad y su papel activo en la vida social, fue explotada por las tendencias idealistas (especialmente por el existencialismo), que atacaron de esta forma al marxismo objetiva y subjetivamente. Pero ¿qué consecuencia hay que sacar de ello?

Primero, que se cometió una falta al abandonar una problemática tan importante y valiosa a los contrarios ideológicos y pasarla por alto mediante el silencio, mediante el menosprecio.

Segundo, que esta falta debe ser reparada lo antes posible, recogiendo la problemática en la más amplia extensión; y esto al menos por dos.

Primero, porque es necesario para que el mundo sea totalmente reflejado por la teoría marxista. Esta teoría enseña, por cierto, que el problema del individuo sólo tiene solución sobre la más amplia base social y que el conocimiento de las leyes que rigen la vida so-

cial es una condición indispensable para la comprensión y solución correctas del problema. Pero esta teoría nunca ha afirmado que el conocimiento de las leyes del desarrollo social agote la problemática del individuo. Mientras mueran hombres, teman a la muerte, pierdan seres queridos y teman esta separación, sufran física y espiritualmente (y esto sucederá de una forma u otra mientras haya hombres), también desearán, además del conocimiento de las transformaciones de las formas sociales, conocer cómo deben entender sus ocupaciones personales y cómo deben comportarse. Toda teoría que quiera ofrecer una visión determinada del mundo debe responder a estas preguntas decisivas sobre la visión del mundo. Los ausentes pierden, y de ello sólo pueden quejarse contra sí mismos.

En segundo lugar, porque la lucha por el espíritu del hombre, que sostiene el marxismo con las tendencias idealistas únicamente puede ganarse si se recoge la problemática en litigio y se le dan otras soluciones propias. Sólo una crítica como ésta —no una nihilista, sino una positiva— es una crítica realmente constructiva.

Ya por eso sólo vistas las implicaciones políticas de la lucha, la filosofía marxista debería recoger, lo más rápidamente posible y sobre la base más amplia, la problemática por ella descuidada y que hoy provoca un eco social tan fuerte.

SOBRE EL SENTIDO DE LA VIDA

Sólo la psicología y la psicología social pueden explicar por qué actualmente el filósofo tropieza una y otra vez, especialmente en reuniones de jóvenes, con la pregunta sobre el sentido de la vida. Debo admitir que la frecuencia y obstinación con que se plantea esta pregunta no sólo me han obligado a meditar sobre este tema, sino a variar mi posición ante él.

Durante muchos años me especialicé en la crítica del neopositivismo, y continúo dedicándome a él en uno u otro aspecto. Sin embargo, como sucede frecuentemente en tales casos, ésta es, entre todas las escuelas filosóficas no marxistas, la tendencia más próxima a mi modo de pensar y a mis aspiraciones a una precisión en la forma de expresión. Precisamente por eso me parece tan importante

la crítica de las premisas inexactas y de las conclusiones falsas que presenta el neopositivismo en algunas cuestiones. No obstante comparto las antipatías del neopositivismo por la mera especulación verbal y la metafísica, un malestar por el que se dejaron llevar un día —al menos subjetivamente— los creadores del "Círculo de Viena" Sufro literalmente cuando oigo todas esas disquisiciones descabellados sobre la "actitud de la desesperación", sobre el "sentido de la vida", etcétera.

Menciono esto sólo porque estoy dispuesto a autocriticarme al menos por lo que hace a la pregunta sobre el "sentido de la vida" mi opinión sobre la confusión tan extendida en este ámbito no ha cambiado, pero los hechos me persuadieron de la **necesidad de dar** una respuesta a esta pregunta. La peor filosofía es la filosofía de las torres de marfil. La filosofía, si es que debe tener un sentido social, debe responder a cualquier necesidad social, a cualquier pregunta social. Cuando un problema no está claro hay que esforzarse por precisarlo; cuando está lastrado por una mala tradición metafísica, hay que esforzarse por liberarlo de ese defecto. Pero **rehusar** la respuesta a una pregunta que evidentemente atormenta a amplias capas es una posición falsa. Al filósofo que no advierte la necesidad social con referencia a una problemática filosófica concreta le espera el castigo más penoso para él; se convierte en un extraño para la realidad actual y deja de actuar sobre ésta.

No cabe la menor duda de que, actualmente la necesidad de dar una respuesta a la problemática del tipo del "sentido de la vida' es particularmente grande. Me ha quedado en la memoria una reunión con estudiantes en la colonia académica Jelouki; después de la conferencia sobre temas ideológicos se me hicieron preguntas sobre ética y, entre éstas, en primer lugar, preguntas sobre el sentido de la vida. Cuando uno preguntó de pronto: "Perdone, pero tal vez, podría usted explicarme con un ejemplo, qué sentido tiene la vida" —mi primera reacción fue: ¡qué sarcasmo de mal gusto para con el conferenciante! Pero cuando miré al que preguntaba y a los cientos de miradas hacia mí, comprendí en el acto que la cuestión era **importante.** Lo confirmaba el silencio en que escuchaban mi respuesta. Debo admitir que entonces pensé en voz alta y muy febrilmente. Desde hacía tiempo había **a limine** este tipo de proble-